

PRESENTACIÓN

No es común que una obra académica reúna a escritores, sociólogos y filósofos para analizar las relaciones entre literatura y realidad social. Por eso nos encontramos ante un libro singular en el que se mezclan cómodamente los rigores académicos con la libertad del novelista al escribir: citas, aparato crítico, teorías y bibliografías conviven a gusto en estos *Ensayos* con reflexiones personales, libres de ataduras académicas, sobre literatura y sociedad. Desde ambos enfoques —académico y no académico— los trabajos que se publican aquí quieren comprender mejor la compleja relación entre literatura, sociología y sociedad. La unidad del libro radica, pues, en el tema sobre el que se reflexiona y no en los enfoques teóricos desde los que se reflexiona, que, como se advertirá, son variados y, en ocasiones, contrapuestos.

Cuando comenzamos a plantearnos diversas cuestiones acerca de las relaciones entre aquellas prácticas sociales que denominamos «sociología» y «literatura» —y sobre todo en un libro de tan heterogénea condición— tuvimos que enfrentarnos en primer término con el hecho de que nuestra estrategia tenía la forma de una paradoja: para concentrarnos en hablar de sociología y literatura necesitábamos abrir lo más posible el punto de vista disciplinar, con el fin de tratar de dibujar un espacio teórico precisamente en sus líneas de fuga. Esto hizo que nuestro libro tomase desde un principio un carácter muy abierto, presentando un aspecto más de mapa de problemas que de instrucciones de uso, eso que se conoce como manuales.

Con este libro queremos abordar tanto un problema histórico de producción de textos como una reflexión metateórica. Para ello, nada mejor que comenzar por ordenar ciertas preguntas que nos hemos hecho de partida. La pregunta por las relaciones entre literatura y sociedad cambia según el lugar desde el que se formule. ¿Queremos decir lo mismo en estos casos?

1. Cuando hablamos de los usos que la investigación literaria hace de disciplinas sociohistóricas a fin de contextualizar el sentido de una obra.
2. Cuando nos referimos a la utilización que hace un investigador social de tal o cual obra con el fin de ilustrar un conjunto de ideas acerca de procesos sociales en una época.

3. Cuando un enfoque sociológico habla de una obra como un producto cultural influido por un «contexto», ya sea bajo la metáfora del reflejo o no.

Cada una de estas preguntas o ejes determina una apuesta por la capacidad y modo específico de referencia a algo llamado «realidad social» que tendría algo llamado «obra literaria». Todos ellos han sido campos de trabajo abordados por los autores que participan en este libro.

Así, en la primera parte de *Entre líneas*, «Escritura y realidad social a través de los autores y los textos», se presentan varios estudios de caso en los que el hilo conductor es el impacto que ejerce sobre el autor la sociedad en que vive y sus usos normativos. Abre esta primera parte Alicia García Ruiz con un trabajo titulado «Mercados de palabras y experiencia ética: una lectura de *La lozana andaluza*». Partiendo de la metáfora de un mercado de palabras, Alicia García Ruiz analiza cómo Delicado, en un ejercicio textual que es una propuesta ética heterodoxa tanto como un acto de subversión, lleva a cabo la dislocación y *relocación* del sentido que metaforiza mercados reales: el mercado de la lengua y de la moral, el mercado del bien o mal hablar y actuar, de la normatividad lingüística y moral.

En el segundo capítulo, «Entre la historia y la política: alegorías del lenguaje y la ley en Rousseau y Kafka», Sonia Arribas se apoya en Paul de Man y Derrida para explorar la alegoría como figura que expresa la diferencia entre la palabra y el mundo como algo intrínseco al lenguaje. Si el mercado de palabras suponía en Delicado la dislocación de lenguaje, la alegoría, según Arribas, supone también la dislocación intrínseca del lenguaje: la inestabilidad de los significados y la necesidad que tenemos de afirmarlos como si fueran estables.

La figura de José Martí, que Fernando Aguiar analiza desde una perspectiva política en el tercer capítulo («El modernismo republicano de José Martí»), es el símbolo de la esperanza dogmática de unos y otros: esperanzas revolucionarias o antirrevolucionarias; esperanzas marxistas o liberales. El pensamiento político de Martí, que tiene poco que ver con quienes lo usan como símbolo privado, entronca en realidad con el republicanismo iberoamericano de ascendencia bolivariana y con el republicanismo fraternal que Martí conoció en España.

Ahora bien, pese a su fe decimonónica en el progreso, Martí comprendió que el mundo se estaba convirtiendo en un lugar desolador. En EEUU entrevió lo que sería un siglo xx fracturado y ajeno a toda idea de progreso fraternal. Lo que Martí apenas llega a vislumbrar —pues muere en 1895, a los 42 años— para Max Weber es ya una realidad: el siglo xx crea un mundo desencantado, fracturado del todo. En ese contexto de desencanto surgen las obras que analizan José María González García en el capítulo cuarto («Max Weber y Rilke: la magia del lenguaje y de la música en un mundo desencantado») y Blanca Muñoz en el quinto («Expresionismo y revolución: el abismo de la realidad»). José María González García reflexiona en su capítulo sobre la idea de desencantamiento del mundo en Max Weber y Rainer Maria Rilke, así como su posible reencantamiento por la poesía y la música. Blanca Muñoz analiza por su parte el movimiento expresionista (en especial el expresionismo revolucionario de Ernst Toller), que refleja la ansiedad, la violencia y la quiebra de la conciencia europea en las tres primeras décadas del siglo xx.

Cierra esta primera parte José Enrique Rodríguez Ibáñez, quien en su capítulo «La narrativa sociológica de Francisco Ayala» estudia la mutua influencia que se da entre la narrativa y el pensamiento sociológico. Para ello nada mejor que adentrarse

en la obra de Ayala, que se nutre tanto de las grandes tradiciones literarias como de su condición de sociólogo.

La segunda parte del libro, «Memoria y tradición, consumo y renovación», se compone de una serie de reflexiones sobre la relación entre la identidad personal y la ficción, la memoria y la escritura, la realidad social y el consumo de literatura, los *blogs* como espacio literario aparentemente nuevo. Abre esta segunda parte el ensayo «La memoria novelada. El peso de la ficción en la construcción del discurso del pasado», en el que Isaac Rosa aborda desde su experiencia como escritor la cuestión —tan candente en España— de la memoria y la ficción, o dicho con palabras del autor, el «peso que la ficción tiene en la construcción de ese discurso del pasado» y los usos políticos de la memoria.

Por su parte, en su muy literario capítulo —salpicado de retazos biográficos— José Giménez Corbatón («Biografía, realidad y literatura: una carta abierta a los amigos») reflexiona sobre la influencia que tienen las experiencias personales, el contexto social, las lecturas, las narraciones orales, el lenguaje y el modo de producir la escritura (a mano, en una máquina de escribir, mediante un ordenador personal) a la hora de escribir una obra de ficción.

Manuel Arranz analiza en «Literatura y desconcierto» la situación actual de las obras de ficción literaria en el contexto de la modernidad líquida baumaniana y el acelerado ritmo del cambio social. Arranz explora en su ensayo, entre otras cosas, el papel del lector como objeto de consumo, la mercantilización de la literatura, la cultura del espectáculo y el espectáculo de la cultura, la globalización de lo local y la desaparición de las fronteras en las literaturas nacionales.

Un espectáculo concreto, el televisivo, ha dado lugar a su vez a un nuevo personaje literario, el telespectador. En «El yo telepasivo en la literatura española actual» Vicente Luis Mora destaca lo que serían los rasgos característicos del moderno antihéroe, el espectador telepasivo que vive la vida en tercera persona y para quien lo importante es «estar ahí, delante del aparato, le guste o no lo emitido». Todo lo contrario cabe decir del consumidor activo de Internet que encuentra en el *blog* una vía de expresión tan íntima si se desea como la que ofrecía —y ofrece— el viejo diario, pero con unas posibilidades de difusión que el diario no tiene ni siquiera cuando llega a publicarse. Cualquiera puede tener un *blog*, es cierto, aunque han sido los escritores, como explica José Manuel Benítez Ariza en «Internet y literatura, o el redescubrimiento de la soledad», quienes han encontrado en el *blog* tanto una prolongación del clásico diario como una forma de estar en contacto con los lectores.

La tercera parte del libro, «Sociología y literatura en la realidad social», incluye una serie de ensayos que se adentran en las relaciones entre sociología, literatura y realidad social, así como en cuestiones relativas a la sociología de la literatura. Los ensayos recogidos en esta parte incluyen diversas propuestas para una sociología de la literatura o para el estudio contemporáneo de las relaciones entre sociología, literatura y realidad social. En su capítulo «Sociología y literatura como dos medios de interpretar la realidad social», Alberto J. Ribes señala, por ejemplo, que la sociología de la literatura se ha desarrollado siguiendo dos caminos principales: el estudio y análisis del origen social de las obras literarias y el análisis del contexto social en el que surgen dichas obras. Hay una tercera línea, según Ribes, que se pregunta por los límites entre sociología y literatura y que está representada por autores como Ayala, Goldmann, Wright Mills, Nisbet, Jameson y Lepenies.

En «Una literatura que hace sociología: las lecciones de la narrativa hispanoamericana», Fernando Aínsa plantea la posibilidad de contemplar cómo influye la literatura en la sociedad. Para ello se centra fundamentalmente en el ámbito de la narrativa hispanoamericana, que, según Aínsa, se esfuerza deliberadamente en un primer momento —a través del costumbrismo, el naturalismo, las «novelas de la tierra» o la «narrativa indigenista»— en retratar la realidad social de aquel continente con un éxito notable.

César de Vicente, en «Prolegómenos para una sociología de la recepción», explora por último las posibilidades de una sociología de la literatura centrada en la recepción, tras analizar las cuatro concepciones básicas que posibilitan ese camino: la estética de la recepción (Gadamer, Jauss, Zimmermann, Iser); las ciencias empíricas de la literatura y de la recepción (Groeben, Schmidt); las teorías del subjetivismo crítico (Bleich, Holland); y el análisis del consumo literario (con la sociología del hecho literario de Escarpit, la sociología crítica de los bienes culturales y artísticos de Bourdieu, la sociohistoria de la lectura de Ricoeur y Chartier y la sociocrítica).

En este libro se reclama, como vemos, un papel específico para la sociología como proveedora de saberes y prácticas que nos permiten contextualizar con rigor los amplios modelos de «lectura» que cada vez abundan más como metáfora de la investigación sociocultural en sentido amplio. Es cierto que pensamos «en» —dentro de— textos que nos anteceden, pero la lectura siempre es una práctica que se concreta históricamente, una práctica materializada en actos, espacios, formas y hábitos de lectura históricamente enmarcados a los que el enfoque sociológico nos permite aproximarnos de un modo sistemático y fecundo.

Lo literario, a su vez, puede ilustrar lo sociológico por analogía, poniendo en cuestión la propia capacidad de la sociología para pensarse a sí misma como espacio de representación de lo social.

Si alcanzáramos alguno de estos ambiciosos objetivos, tanto los compiladores como los autores tendríamos la satisfacción de haber participado en un diálogo productivo. Dejemos que el lector determine si lo hemos logrado.

Fernando Aguiar
Alicia García Ruiz
Alberto J. Ribes